

**Ricardo Peltier San Pedro**

**Don Armando H.  
Hernández y la  
Hacienda La Cofradía**



**Xochimilco Editions**

**Colección: La Casa de Santa Bárbara**

**MÉXICO**

**Febrero 2016**

**Derechos Registrados D.R. Copyright**

**Ricardo Peltier San Pedro**

**Don Armando H.  
Hernández y la  
Hacienda La Cofradía**

**Xochimilco Editions**

**México ~ Barcelona ~ Bogotá ~ Buenos  
Aires ~ Caracas ~ Madrid ~ Montevideo ~  
Miami ~ Santiago de Chile**

Don Armando H. Hernández nació en Tampico, Tamaulipas, a principios del siglo XX. Desde joven trabajó amistad con los miembros de las familias San Pedro y Clynes, oriundas del puerto tamaulipeco. Se dice que don Armando pretendió de joven a la abuela Catalina Bungey Egan, pero que al final fue desbancado por el abuelo Eduardo San Pedro Salem. En broma los nietos siempre le reclamábamos a la abuela Catalina que hubiera preferido al abuelo Eduardo, en lugar de don Armando... ¡pues este se convirtió en uno de los banqueros más importantes del país! En efecto, don Armando llegó a dirigir, ni más ni menos, que el segundo banco privado más grande de México, el Banco de Comercio, ahora conocido como BBVA Bancomer. Don Armando fue director de dicho banco de 1958 hasta 1973, año en el que se jubiló, al tiempo que don Manuel Espinoza Yglesias fungió como Director General y Presidente del Consejo de Administración.

Recuerdo muy bien que conocí a don Armando H. Hernández allá por el año de 1964, en su oficina del octavo piso del nuevo edificio del Banco de Comercio, una moderna construcción de 12 pisos que don Manuel Espinoza Yglesias mandó construir para albergar la oficina matriz. Para el diseño de las bóvedas, Espinoza

Yglesias le pidió a David Rockefeller que le prestara al ingeniero que tuvo a su cargo la construcción de las oficinas centrales del Chase Manhattan Bank, el principal banco de New York. Por cierto, el 24 de abril, unas pocas semanas antes de que mi madre y yo fuéramos a visitar a don Armando a su nueva oficina, el Presidente de México, don Adolfo López Mateos, y el Secretario de Hacienda, don Antonio Ortiz Mena, recorrieron *off the record* las instalaciones del nuevo edificio en compañía de los directivos del banco. Yo acababa de cumplir 14 años de edad, y acompañé a mi madre hasta la esquina de Venustiano Carranza y Bolívar, en donde estaba ubicado el mentado edificio, pues ella quería pedirle a don Armando —¡qué raro!— un pequeño favor.

Mi madre quería pedirle una “chamba” para su sobrino Ramón García Peltier, hijo de Adelaida, una de las hermanas de mi papá, pues el muchacho —le comentó mi mamá a don Armando— necesitaba trabajar, porque nada más había estudiado hasta la secundaria. Don Armando, como siempre, le dijo a mi madre que no se preocupara, que por supuesto buscaría alguna “chamba” para su sobrino. ¡Y así fue! Una semana después mi primo Ramón empezó a trabajar en el Banco de Comercio, lugar en el que laboró no uno, ni dos, ni tres, sino... ¡¡¡35 años!!! De hecho, ya jubilado, el banco le ofreció un puesto como asesor externo en la sucursal de Chihuahua, ciudad en la que vivió con su familia los últimos años de su vida. El primo Ramón, hay que decirlo, empezó desde muy abajo en el banco, pero debido a su tesón fue ascendiendo, de tal suerte que llegó a ser Coordinador Regional del Banco de Comercio en la Zona Centro y Norte del país.

Los recuerdos que guardo de don Armando H. Hernández son múltiples, a pesar de que la última vez que platique con él, si mal no recuerdo, yo tendría unos veintitrés o veinticuatro años, esto es, poco después de que se jubilara como Director del Banco de Comercio, en diciembre de 1973, tras haber trabajado ahí 31 años. En la época en la que don Armando fue Director del Banco de Comercio (1958 a 1973), solía mandar a la casa unas marquetas congeladas de camarones gigantes “U” 12 de Mazatlán, y un tambo de *chilorio* de Culiacán. En algunas ocasiones enviaba también una caja de *bacanora*, una bebida de alta graduación alcohólica que preparan los indios *yaqui* del estado de Sonora, la cual, ¡la mera verdad!, pega bastante duro... ¡Bastan dos o tres tragos para que uno pierda la razón y no recuerde ni su nombre!

Don Armando solía invitar, de vez en vez, a las familias San Pedro y Clynes —alrededor de 30 personas— a pasar los fines de semana en su hacienda *La Cofradía*, ubicada a tres kilómetros del pueblo de Aculco, en el Estado de México. En ese entonces, el gobernador del estado era el profesor Hank González, el cual, lo recuerdo muy bien, había mandado pintar de blanco todas las casitas de los campesinos... ¡para que se vieran bonitas!, algo similar a lo que hacía el gobernador ruso Grigori Potemkin, quién construía aldeas falsas al paso de la emperatriz Catalina, para dar una apariencia de prosperidad.

A la hacienda solíamos asistir, además de mi mamá —mi padre ya había fallecido—, mis hermanos Roberto y Eduardo, así como mi hermana Catalina, con su esposo Gilberto Gómez Priego; creo que

Rodolfo, mi hermano mayor, nunca fue, o lo hizo pocas veces. De cajón, siempre iban mi tíos Jorge y Roberto “Baby” Clynes con sus respectivas esposas, Jean y “Lula”. Solían ir también mi tía Amalia Clynes con su esposo Carlos Moller, y mi tía Betty Lou Clynes con su marido Mario Méndez. Mis tíos, por supuesto, llevaban a sus hijos. Los más entusiastas en ir a la hacienda eran mi prima Bárbara Clynes Nissen, que tenía la edad de mi hermano Roberto, y sus dos hermanos menores, Donaldo y Jorge, que eran de mi edad.

También iban a la Hacienda *La Cofradía* mi tía Beryl Clynes y su marido, el Dr. Gonzalo Santos Priggs —hijo del controvertido General Gonzalo N. Santos— y su hija Beryl Cynthia. Los dos hijos mayores de mis tíos nunca fueron, pues mi primo Roberto Santos se fue muy joven a vivir a Estados Unidos, en tanto que su hermano Gonzalo *Chalo* Santos —que era de mi edad—, se fue desde chico a estudiar al Tec de Monterrey. El menor de todos ellos, Ricardo Santos, sí fue, pero muy escuincle, por lo que de seguro ni se acuerda.

Hay que decir que *La Cofradía* no era cualquier hacienda... ¡era *la Hacienda*! Originalmente perteneció al clero, pero a finales del siglo XIX fue adquirida por don Macario Pérez, padre de Sara Pérez, esposa de Francisco I. Madero. Al traspasar el portón de la entrada principal de la hacienda, uno se topaba con una carroza que había pertenecido —¡qué tal!— a Francisco I. Madero, el “Apóstol de la Democracia”. Los jardines de la hacienda eran espectaculares, y la Capilla, adornada con antiguos óleos de temas religiosos, muy bella. Se dice, por cierto, que en dicha capilla el cura Miguel Hidalgo ofreció una misa el 6 de noviembre de 1810, esto es, un día antes del

inicio de la batalla de Aculco, en la cual los insurgentes fueron derrotados. Si mi memoria no me falla, en el patio principal de la hacienda habían unas hermosas columnas toscanas, y en los pasillos se podían apreciar nueve murales realizados entre 1910 y 1920 por Ernesto Icaza Sánchez Colomo, en donde se narraba la historia de la hacienda. Por si fuera poco, no lejos del “casco” de la Hacienda, había un pequeño lago, en el cual se podía navegar y pescar.

Al recordar líneas atrás la bebida de los indios *yaquis* de Sonora, la *bacanora*, me vino a la memoria una divertida anécdota. Resulta que en una de las primeras ocasiones en las que don Armando invitó a toda la familia a pasar el fin de semana a la hacienda *La Cofradía*, mis tíos Jorge y “Baby” Clynes mostraron cierta reticencia para aceptar la invitación, dando pretextos poco creíbles. Al comunicarle don Armando a mi mamá la extraña actitud de mis tíos, ella le respondió, sorprendida también, que no sabía nada al respecto, pero que no se preocupara, que averiguaría lo que ocurría. ¡Y así fue! No había terminado de colgar el auricular con don Armando, cuando ya estaba marcando el teléfono de mi tío Jorge.

—¡Pero Jorgito! ¿Qué es lo que pasa? —le preguntó mi mamá al oír su voz al otro lado de la línea.

—¿Por qué “Baby” y tú no quieren ir a la hacienda de don Armando? —le inquirió en seguida.

A lo que mi tío Jorge le respondió:

—Mira *Cochita*, no es del todo exacto.

—Lo que sucede —argumentó enseguida— es que tanto mi hermano “Baby”, como yo, decidimos no ir más a la hacienda, pues don Armando nada más ofrece de beber... ¡mañana, tarde y noche *bacanora!*, y... la mera verdad... ¡no nos gusta para nada!

—Además —agregó enseguida para reforzar su argumento— las *crudas* que produce esa “especie de mezcal” son verdaderamente ¡¡¡pavorosas!!!

Mi mamá, que siempre se caracterizó por sus excepcionales “dotes diplomáticas”, le dijo a mi tío Jorge que no se preocupara, que ella hablaría con don Armando para resolver el “problemita”. ¡Y dicho y hecho! Al día siguiente por la mañana mi madre le habló por teléfono a don Armando a su oficina de Bancomer, y sin mayor preámbulo le soltó a “boca de jarro” de qué se trataba el asunto. No había terminado de transmitirle la “queja” de los Clynes, cuando don Armando soltó una sonora carcajada y muerto de risa le preguntó a mi mamá:

—¿Entonces qué les ofrezco de beber a los Clynes?

A lo que mi mamá le respondió de manera categórica, y sin la menor duda:

—¡Ginebra, Armando, Ginebra!

Para mi hermano Roberto, para mis primos y para mí, uno de los grandes atractivos de pasar los fines de semana en la hacienda *La Cofradía*, era montar a caballo. La hacienda contaba con una estupenda cuadra, en la que había caballos de todo tipo; para los que sabían montar y querían galopar en los llanos de la hacienda, o para



los que querían aprender y trotar tranquilamente por las veredas. Recuerdo que en una ocasión mi prima Bárbara Clynes Nissen le pidió al caballerango de la hacienda que le ensillara un caballo veloz, uno que corriera rápido. Ante dicha petición, el caballerango le preguntó si sabía montar, pues tenía disponible un caballo “pura sangre”, de los favoritos de la hija más grande de don Armando. Mi prima Bárbara le contestó, segura de sí misma -¡Claro que sí! ¡Sé montar muy bien! Usted solo ensíllelo y tráigamelo.

Convencido el capataz de que la señorita sabía montar —¿y cómo dudarle ante una respuesta tan contundente?—, se metió a las caballerizas y salió jalando de la brida un caballo negro azabache “pura sangre”, espectacular. Mi prima Bárbara, al verlo de cerca reculó... y dudó un poco sobre la conveniencia de treparse a semejante animal. Todos los que estábamos presentes no lo dudamos un poco... ¡lo dudamos mucho! Y al unísono le pedimos que no se trepara... que mejor pidiera otro caballo, uno manso. Pero claro, como era de esperar, no nos hizo el menor caso.

Estoy seguro de que hasta la fecha, ¡cuarenta años después!, sigue arrepentida de habernos ignorado, pues no había terminado de acomodar su *derrier* en la silla del caballo “pura sangre”, cuando este empezó a relinchar y a brincar alebrestado por todos lados, para quitársela de encima, al extremo de azotarla contra los árboles cercanos y las paredes de la caballeriza. Afortunadamente para ella, el caballerango y sus ayudantes entraron rápidamente en acción y pudieron someter el caballo... ¡pero el susto y los golpes que se llevó la prima Bárbara, seguramente todavía los recuerda!

Otro de los grandes atractivos de visitar la hacienda, era disfrutar las deliciosas comidas y cenas que don Armando le pedía a su *chef* que nos preparara, así como los espectaculares “shows” que contrataba para entretenernos. En la cocina de la hacienda, había dos o tres asadores del tamaño suficiente para cocinar una res entera. Recuerdo que una vez —¡como si lo estuviera viendo en este momento!— entraron al enorme comedor de la hacienda diez meseros, desfilando con enormes charolas de plata repletas de camarones gigantes cocinados a la “sal”... ¡una delicia! Y qué decir de los vinos blanco y tinto que don Armando tenía en su cava... ¡Eran excepcionales! Bueno, eso decían mis tíos, yo ni idea, tan solo era un escuincle.

La última vez que tuve la oportunidad de estar con don Armando H. Hernández fue a mediados de 1974, pocos meses después de haberse jubilado. Anunció que iba a emprender un largo viaje a Europa, por lo que invitó a la familia —esta sería la última vez que lo hiciera— a la hacienda *La Cofradía*. Como la despedida era en grande, don Armando contrató un “show” de más de ¡¡¡cuarenta personas!!! El espectáculo estaba conformado por varios tríos musicales, un grupo de salsa, dos mariachis, un par de cómicos, unos payasos, un solista de música vernácula, y una vedette... ¡la espectacular *Verónika* con “K”!, la cual se presentó prácticamente desnuda en el pequeño auditorio de la hacienda. Mi hermano Eduardo —que era un adolescente precoz cuando presencié dicha escena— quedó impactado por la belleza de la mulata; de hecho, creo que hasta la fecha lo sigue, al igual que todos los que estuvimos presentes.



**Manuel Espinosa Yglesias y Armando H. Hernández  
en el nuevo edificio del Banco de Comercio  
inaugurado el 28 de abril de 1964**

**Xochimilco Editions  
Colección: La Casa de Santa Bárbara  
MÉXICO  
Febrero 2016  
Derechos Registrados D.R. Copyright**